

novelista española ha ganado ya un puesto en este ramillete de evocaciones, como si hubiese muerto muchos años atrás...

La evocación literaria de Concha Espina brotó durante su infancia, en el último cuarto del siglo XIX, cuando sus ojos se abrieron a la jubilosa contemplación de uno de los parajes más impresionantes de la Península Ibérica; su Santander natal, agreste y marinero, en cuyo aire se funden, para infundirse en los pulmones, la fragancia del manzano en flor y el hálito salino del mar cántabro. El rumor de los árboles y de las olas, al acariciar cadenciosamente la frente de la niña un poco melancólica y un mucho despierta, encendía en su corazón deseos mágicos de cantar y contar a sus muñecas mil cosas bellísimas e imaginarias —no vistas ni oídas siquiera por ella misma—, a las que su verbo no lograba dar forma todavía. Cosas como soñadas, despierta o dormida, que guardaba para sí, con la esperanza de poder decirlas alguna vez a los demás y hacerles comprender su encanto.

Ya adolescente, todos los sueños se le abrieron en verso, como a la primavera se abren en flores y mariposas los capullos y larvas del invierno. Concha Espina dió sus voces primeras a los campos y los acantilados, cantando a los paisajes de su infancia y a esos otros paisajes de toda su vida, que serían el amor, la ternura y la fe. Sus versos juveniles, de deliciosa espontaneidad y fresca inspiración, hallaron acogida en los periódicos de su patria chica, llamando la atención de los más ilustres escritores montañeses —Pereda, Escalante, Menéndez y Pelayo—, rodeando su nombre de temprana popularidad. Pero pronto un viaje a Chile, en donde habría de residir varios años, y sus obligaciones de joven esposa y madre, le impusieron un alto en su carrera literaria.

Alto en el que su innata inteligencia se cultivó con lecturas que dejarían profunda huella en su espíritu, mientras su delicado corazón femenino conoció íntimos sufrimientos que fortalecerían su grandeza con la resignación y la abnegación que lo adornarían hasta el último minuto de su existencia.

En Chile sorprendieron a Concha Espina las horas amargas de uno de los mayores dramas de la Historia de España: la liquidación del Imperio colonial. La carne de España se desgarraba con las pérdidas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La sensibilidad de la poetisa montañesa, que hasta entonces tuviera de la patria un concepto alegre, se encendió con el dolor nacional, en el que se inspiró para escribir de nuevo, primero magníficos versos elegíacos, luego artículos en prosa, que difundieron su nombre por todo el ámbito de la América meridional. Sin el desastre del 98, es posible que Concha Espina no hubiese vuelto a escribir o por lo menos, a publicar. Pero la honda crisis surgida de la conmoción nacional le impulsaron a ponerse al servicio de España con las armas que Dios le había dado: inteligencia clara, espíritu despierto, fe entrañable, amor apasionado a España. Al contrario que otros escritores surgidos en la misma coyuntura española, Concha Espina no se dejó ganar por el desaliento y su pluma corrió por los suaves caminos del fervor, la ilusión y la esperanza, y no por los ásperos de la crítica y el sarcasmo, diferenciándose así de la llamada «generación del 98» a la que pertenece por la edad y por las circunstancias, aunque no por la tendencia pesimista. (¡Buena tesis doctoral para una Licenciada en Letras sería el estudio de Concha Espina y la generación del 98!)

De regreso a España, Concha Espina se dedicó de lleno a dos tareas que absorberían